

negaba, después de haber entrevistado momentáneamente su necesidad.

En el orden civil, si continuó la obra de los jurisconsultos romanos para introducir más justicia en el seno de la familia (1), y si renovó, bajo la influencia de la Iglesia, la benéfica política de los Antoninos respecto de los niños pobres, hizo prevalecer tan completamente el detestable principio de los privilegios y de la herencia en los servicios públicos que á los ojos de las generaciones siguientes pasó por ser su autor.

Hemos demostrado que la monarquía del siglo cuarto estaba en germen en la constitución imperial de Augusto. Para detener su desarrollo ó para poner el imperio en otra vía, habría sido necesario dar á la sociedad romana un sacudimiento enérgico, y Constantino no se lo dió.

Pero no hay que exigir de un príncipe que sea un gran hombre: el hijo de Constantino Cloro no fué más que un hombre hábil. Tuvo el talento de morir en el trono, fin poco común en el imperio romano: era mucho para él; pero bien poco para el Estado. No vió que, encadenando definitivamente el labrador al arado, el artesano á su oficio, el soldado á sus armas; que obligandó al hijo á seguir en las oficinas ó en la curia la suerte de su padre, paralizaba fuerzas que se destruyen en la inmovilidad.

A los malos procedimientos de administración se añadieron las pésimas prácticas económicas. El siglo cuarto vió el mayor esfuerzo que jamás se ha hecho para realizar el sueño de la organización del trabajo por el Estado. Y ¿cuál fué el resultado de este memorable empeño? El empobrecimiento universal. En la Campania, aquella región bendecida del cielo, en cuyo suelo no había puesto nunca la planta un soldado enemigo, habrá muy pronto más de medio millón de yugadas, *jugera*, yermas ó baldías; la octava parte de esta provincia antes feraz, será un desierto donde no se verá una cabaña, ni siquiera un hombre. Las ricas llanuras de la Pulla estaban ya desoladas por el trasumar de los ganados, que impedían todo cultivo, y á lo largo del litoral toscano no encontrará Rutilio más que soledad y ruinas. La *malaria* había destruído las ciudades etruscas. Pero ¿quién había hecho la *malaria*? Los que no habían sabido continuar los trabajos de defensa, organizados por los antiguos para desecar el suelo y dirigir las aguas perdidas.

Pues cuando tal estaba, aun á las puertas de Roma, la vieja tierra de Saturno, en otro tiempo tan rica en hombres y en mieses, *magna parens frugum.... magna virum*, ¿en qué estado debía encontrarse el resto del imperio (2)?

(1) Según el derecho de las Doce Tablas, el padre lo era todo y únicamente heredaban los agnados. Pero desde muy temprano hubo de suavizarse este rigor, como dijimos en otro lugar. Constantino reconoció al hijo, aun en vida de su padre, la propiedad de los bienes maternos y á la madre un tercio de la herencia de sus hijos.

(2) Las tierras abandonadas eran tan numerosas, que Teodosio reconoció su propiedad, al cabo de dos años, á los que las metieran en cultivo (*Cod. Just.*, XI, 58, 8), y Honorio tuvo que eximir de todo impuesto 120.000 hectáreas (528.042 yugadas), *qua Campania provincia, juxta inspectorem relationem.... in desertis et squalidis locis habere dignoscitur* (*Cod. Teod.*, XI, 28, 2, anno 395). Todo este título 28 merece leerse. En él se verán condonaciones de atrasos y reducciones de impuestos en las provincias de Italia, de Africa y de Oriente. Cf. Richter, *das Vestrom. Reich unter Gratian*. Bajo el reinado de Constantino mismo, quéjase Lactancio (*Instit. divin.* VI, 20) de la frecuencia con que se exponían los niños, á causa de la miseria de sus padres, y aconseja á los pobres, por todo remedio, *ut se ab uxoris congressione contineant*. Era la doctrina malthusiana quince siglos antes de Malthus. El mal era tan grande que, para salvar al niño ó al esclavo expósitos, concedió Constantino á los que los recogieran la patria potestad ó la potestad dominical, sin que el padre ni el amo pudieran

Las generaciones sucesivas se heredan naturalmente unas á otras; las últimas recogen lo que sembraron las precedentes, y el medio histórico en que vive un pueblo tiene mucha más influencia en las transformaciones sociales que la voluntad de un príncipe. Constantino no hizo por sí sólo la revolución de que salió el Bajo Imperio; pero más que todos sus predecesores reunidos impelió á la sociedad romana á tomar esta forma inferior del organismo político.

Ahora bien, á cada clase de gobierno corresponden virtudes y vicios de índole particular entre los súbditos. Con una organización social en que los ciudadanos tienen su puesto marcado y llevan un rótulo que el mayor número no puede cambiar, parece que no hay que temer ya agitaciones peligrosas y que va á reinar el mejor orden. Pero estos hombres sin voluntad porque no son libres, tampoco tienen energía para el bien, ni defensa contra las malas tentaciones. Cada cual usa de amaños con el poder que le encadena y procura recobrar con la astucia lo que pierde con la sumisión. El Código Teodosio muestra que en el nuevo imperio no hubo ya nada ni nadie que no se pudiera comprar. Rebaja del censo, moderación de las cuotas, alteración de los registros, todo se vendía. Para el que lo pagaba, el perceptor tenía pesos falsos, el juez sentencias atenuadas, el administrador y el jefe de reclutas culpables complacencias. Los jefes vivían de los empleados subalternos; los generales, de los soldados. El recién llegado á una oficina, á una cohorte, debía un presente; el ingreso en el cuerpo de los domésticos estaba tasado en 50 sólidos de oro. El *bakchich* reinaba como soberano; y nadie se eximía de pagarlo, hasta los gobernadores de provincias á los oficiales de la cámara sagrada: el príncipe mismo lo exigía á los que de él habían recibido alguna liberalidad (3).

Justiniano, que pretenderá dar gratuitamente las magistraturas, exigirá á su vez que el titular de un empleo remita cincuenta libras de oro «á la piísima emperatriz (4).»

Nacida en la corte de Bizancio, esta contagiosa plaga hubo de destruir en el cuerpo social los resortes de honor que mantienen á un pueblo en pie, y se extendió progresivamente á todo el mundo oriental, al que mina y devora hace quince siglos. Los príncipes mismos atestiguan con sus leyes la realidad de los males que causaba su administración. A uno de ellos dirá Sinesio: «todo se compra (5).»

producir ninguna reivindicación (*Cod. Teod.* V, 7, 1, anno 331). Pero autorizó á los padres á vender sus hijos recién nacidos, á condición de rescate ulterior (*Ibid.* V, 8, 1, anno 329). En cuanto al reinado de Constantino, Amiano Marcelino habla de las incurables heridas hechas por el impuesto á las provincias... *insanabilia vulnera saepe ad ultimam egestatem provincias contraxisse... qua res... penitus, evertit Illyricum* (XVII, 5, y XIX, 11). En tiempo de Graciano, Simaco (*Ep.* X, 42) presenta un doble fenómeno proveniente de la misma causa: el valor del oro sube asombrosamente, y el precio de las cosas baja en igual proporción, *auri enormitate crescente... et quum in venalium majore summa solidus censeatur, pretia minora penduntur*. Lo que quiere decir que la circulación del oro había disminuído, que el comercio se paralizaba y que siendo la oferta superior á la demanda, los precios eran ínfimos.

(3) *.....auri argentique collationibus... obnoxii* (*Cod. Teod.*, XI, 20, 1). Esta ley es de Constantino. El uso de las buenas manos era muy antiguo. Desde los primeros tiempos del imperio, pagaban los soldados á los centuriones corveas, *vacationes* (Tácito, *An.* I, 17); así se excusaba también la presencia en el cuerpo; de modo que un cuarto de los soldados de cada manipulo estaban ausentes de banderas (*Id. Hist.* I, 46). El emperador Otón se encargó de pagar las *vacationes*, sin duda después de justificación de motivos; pero nada impide que esta antigua exacción reapareciera después de él.

(4) Nov. XXX, cap. IV, § 1.

(5) *De la Realeza*, § 30. Los prepositos del *cursus publicus* ponían á contribución por medios diferentes, pero el resultado era el mismo,

Se dirá que Constantino fundó á Constantinopla, que retardó diez siglos el triunfo de la barbarie oriental, que sentó el cristianismo á su lado en el trono; que, sin quererlo, preparó en Roma, abandonada de sus emperadores, la monarquía pontificia de sus obispos, y que se colocó así entre dos edades del mundo, cerrando la una y abriendo la otra. Son, en efecto, grandes cosas, y ya hemos tributado la merecida justicia al príncipe que, en medio de las iras y ambiciones excitadas por el advenimiento de un nuevo culto, supo mantener la paz interior sin tumultos políticos ni religiosos.

Pero su obra personal, que tiene partes brillantes, no las tiene sólidas. La paz que había establecido no fué duradera; si Constantinopla ha vivido doce siglos, vida miserable vivió, salvo ciertos momentos; y viendo á la Iglesia triunfante dotada de bienes y privilegios, se pudiera creer que la virtud, la justicia, las buenas costumbres van á reinar, que los emperadores serán piadosos personajes, que se fortalecerá el Estado, que retrocederán los bárbaros y que la celestial Jerusalén descenderá sobre la tierra. ¡Ah! no. Nada cambiará; las costumbres no serán mejores. La

antigua Roma tenía sesenta y seis días feriados; la nueva tendrá ciento setenta y cinco; por mucho tiempo aun se verán combates de gladiadores: Teodosio enviará á Roma cautivos sármatas «para divertir al pueblo,» y continuarán las fiestas de *Majuma*, con sus cortesanas representando en el teatro escenas lascivas, ó nadando en cueros vivos en los estanques á ojos vistas de todo el pueblo (1). En el clero mismo, una propaganda demasiado rápida y vocaciones precipitadas producirán desórdenes, de que se escandalizarán los Padres de la Iglesia (2). No recobrarán su esplendor perdido el arte ni las letras laicas; y vamos á ver degüellos en el palacio, rivalidades mortíferas en el Estado, la guerra civil en las provincias, y en los pueblos muchas miserias.

El imperio pagano había durado tres siglos y apenas uno durará el imperio cristiano. Los salvadores del mundo no podrán salvarlo, mal que les pese, de la más espantable catástrofe; de modo que si el cristianismo hizo mucho entonces por algunos individuos, no hizo nada por el Estado, y se verificaron las palabras de Cristo: «Mi reino no es de este mundo (3).»

## CAPÍTULO CV

CONSTANCIO (23 MAYO 337—3 NOVIEMBRE 361)

### I. — MATANZA DE LOS FLAVIOS. — GUERRA DE PERSIA. MUERTE DE CONSTANTINO II Y DE CONSTANTE. MAGNENCIO (337-353).

Hemos dado amplio lugar á la historia de los dos príncipes que constituyeron el Bajo Imperio, y á la revolución que cambió la conciencia religiosa de la sociedad romana. Después de la exposición de estos grandes hechos sociales no tendremos ya que ocuparnos en detalles administrativos, que dependen de la arqueología, ni de disputas teológicas, que pertenecen á la historia interna de la Iglesia; á menos que unos y otras no tengan una influencia directa sobre los acontecimientos. Así pues podremos encaminarnos rápidamente hacia el término fatal, término á que nos viene conduciendo ya todo y en que desaparecerá para siempre la unidad del mundo romano, comenzando la invasión definitiva.

Constantino había dejado tras sí tres hijos, dos herma-

dos, un cuñado (?) y muchos sobrinos, últimos sobrevivientes de los Atridas romanos. Los hijos apenas habían salido de la infancia: el mayor Constantino II tenía veintidós años; Constancio veinte, y diez y siete Constante. El primero vivió demasiado poco para que lo conociéramos y el tercero era un niño; sólo el segundo nos interesa, por el momento, por haber sido él quien desempeñó el primer papel en la tragedia que siguió á los funerales.

Constancio II era de pequeña estatura y de más pequeño espíritu, carácter indeciso y cauteloso, débil y violento á la vez, con pretensión extremada, con celos de todo mérito y con crueldad bastante para matar á sangre fría, siempre que el asesinato servía á sus intereses ó disipaba sus recelos y temores. Para ocultar á los pueblos sus pocos años, afectaba una expresión de severidad mal hallada en su rostro juvenil: en las solemnidades, ni un gesto, ni un movimiento, pues la rigidez le parecía atributo necesario de la majestad soberana, como lo es de los ídolos dorados de un budha indio.

tas se reprodujeron muy luego. Sabido es lo que Procopio refiere de Teodora. En tiempo de Amiano Marcelino (XVI, 6) durante una carnesti en Roma, se expulsó á todos los forasteros, hasta á los que ejercían industrias liberales; pero se conservó todo el personal de los teatros y con él nada menos que tres mil bailarinas. En 381, encargado Gregorio de Nisa por Teodosio de reformar las iglesias de Arabia y Palestina, dejó un triste cuadro de la vida licenciosa de los peregrinos de Jerusalén. San Jerónimo confirma este testimonio en su carta dirigida á Marcela y Sinesio en su correspondencia.

(2) El concilio de Nicea, en su segundo cánón, había vituperado y prohibido las ordenaciones *in sacris* demasiado precipitadas. El más sabio moralista del siglo decimotercero, Guillermo Perrault, dice (*Summa de vitiis*, tratado IV, cap. VII, art. 3): «El día en que Constantino fundó el imperio de la Iglesia, exclamó una voz: *Hodie infansum est venenum Ecclesia Dei.*» Cf. Haureau: *Mem. de l'Acad. des inscrip.*, t. XXVIII, 2.ª parte, p. 254. El autor, por supuesto, no quiere hablar más que de la autoridad política de la Iglesia.

(3) Hasta la Edad media, enfrente de la barbarie producida por la invasión germánica, no tendrá la Iglesia un papel social.

Durante la enfermedad de su padre, estaba este príncipe en la Mesopotamia, á la cabeza del ejército que debía combatir á los persas; y á pesar de su diligencia, el viaje fué bastante largo para dar á los ánimos tiempo de fermentar en aquel palacio inmenso, en que cortesanos y soldados se preguntaban con inquietud alrededor del príncipe, á qué amos había que servir ahora. Después de los funerales, celebrados á primeros de junio de 337, observó Constancio gran reserva y pasaron tres meses sin que tomara el título de Augusto. Bien que falten las pruebas escritas, podemos creer que se empleó este tiempo en establecer completa inteligencia entre los Césares; en trabajar bajo cuerda á los soldados para provocar un tumulto militar al que se atribuyera la odiosidad de la catástrofe (1); á atraer, en fin, las víctimas á Constantinopla, donde las retuvo Constancio con juramento solemne que les garantizaba, dice San Atanasio, toda seguridad. El viejo axioma jurídico: *Is fecit cui prodest*, designa á los autores del asesinato.

Los tres hermanos habían visto con enojo ciertamente las ventajas concedidas á los miembros de la línea colateral de los Flavios, y sobre todo, los dos mayores debieron de tratar desde muy temprano de los medios que debían ponerse en juego para entrar en posesión de toda la herencia paterna y encargar de la ejecución del plan á aquel de ellos que se encontrara más al alcance de dar el golpe. No cabe dudar cuando se ve que, una vez dado, no reclamó ninguno, y que poco tiempo después se reunieron en amor y compañía, en Sirmio, para repartirse fraternalmente los despojos (2).

A principios de setiembre invadió la soldadesca la ciudad y el palacio, diciendo á voz en grito que no quería más emperadores que los hijos de Constantino, y con esto comenzó la matanza. Casi toda la descendencia masculina del pacífico Constancio Cloro, oriunda de su matrimonio con Teodora, fué exterminada. Dos hermanos consanguíneos y seis sobrinos de Constantino, incluso el César Delmacio y el rey Hanibaliano, perecieron en el tumulto; y con ellos fueron inmolados el patricio Optato, marido de una hermana de Constantino (?), el prefecto del pretorio Ablavio y muchos de sus amigos.

Los asesinos dejaron la vida á dos niños, Galo y Juliano, hijos de Julio Constancio, que fué sacrificado con su hijo mayor, bien que fuera tío carnal y suegro del que dirigía el bárbaro proyecto (3). Galo tenía doce años apenas y parecía no poder vivir mucho tiempo; Juliano no tenía más que seis: la infantil edad del uno y las dolencias del otro, ó alguna otra circunstancia que ignoramos, salvaron á los in-

(1) Eutropio (X, 9) acepta la leyenda de Constancio, simple espectador de una sedición soldadesca que obraba de suyo ó sin orden... *sinente magis quam jubente*. Sócrates (II, 25) y Juliano hablan lo mismo. Pero en elogio de Eusebia, Juliano estaba obligado á hablar así. En otro lugar (Carta á los atenienses, § 3) acusa formalmente á Constancio. San Atanasio, en su tratado dirigido á los monjes, San Jerónimo en su Crónica, Teodoreto (III, 2) y Zósimo, confirman la misma acusación.

(2) Codino, el curulato, dice en sus *Antigüedades constantinopolitanas* que los tres hermanos estaban en Constantinopla en la época de la catástrofe.

(3) En su Carta á los atenienses (§ 3) dice Juliano que perecieron entonces seis primos suyos, *ἑξ μὲν ἀνεψιῶν*, y además su padre, su hermano mayor y un tío de Constancio. Un sobrino de Constantino, que sin duda supo ponerse á buen recaudo, absteniéndose de concurrir á Constantinopla, se sustrajo al peligro y evitó la muerte. Muy pronto le volveremos á encontrar. Gregorio de Nacianzo ha dicho (*Inveit.* I, § 91) que Marco, obispo de Aretusa, había salvado á Juliano; pero si Constancio hubiera querido su sangre, no habría sido un obispo quien contuviera á los asesinos. Juliano, que nació en 331, sólo era hermanastro de Galo. «Mi madre, dice en el Misopogon, cuyo primero y único hijo fui yo, murió algunos meses después de mi nacimiento.»

centes niños. Después de todo, siempre había tiempo de inmolarnos, si andando el tiempo venían á ser peligrosos ó molestos; sobre que era útil, no teniendo hijos ninguno de los tres Césares, reservar este último resto de sangre Constantina para una necesidad imprevista. Eusebio, tan desgraciado en sus elogios, dice que Constantino reinó después de su muerte; expone también á su héroe á la sospecha de haber aconsejado la cruel ejecución en sus últimas instrucciones, y para un antiguo autor (4) esta sospecha se ha trocado en certidumbre. Pero si Constantino había creído que sus hermanos querían envenenarle, no hubiera confiado á otros el cuidado de castigarlos.

Conviene añadir que la matanza fué también un buen negocio, como quiera que los asesinos confiscaron los bienes de sus víctimas.

El intermedio que inauguraba de una manera tan trágica las sangrientas aventuras de que ha sido teatro la capital de los emperadores griegos y de los sultanes turcos, hubo de durar cerca de cuatro meses: hasta el 9 de setiembre no tomaron los Césares el título de Augustos. Luego al punto les erigieron estatuas con la inscripción: «A los hermanos que se aman.» Acaso fuera verdad por el momento, pero no lo fué mucho tiempo.

El año siguiente, por el estío, se encontraron en Sirmio, en la Panonia, para la repartición definitiva del botín. Constancio añadió á su lote del Ponto la Tracia y Constantinopla; Constante la Iliria, y Constantino II el Noroeste de África.

Este, de ambición impaciente, soñó la fortuna de su padre, que partiendo de la Galia, había sometido todo el mundo romano. El arrianismo dominaba en Asia y el nuevo señor del Oriente le era muy favorable. Su hermano le persuadió á señalar su advenimiento levantando el destierro á los obispos expatriados. Estos pertenecían todos á los Estados de Constancio, y eran otras tantas teas de discordia que arrojaban allí. Internado Atanasio en Tréveris, recibió el encargo de llevar á los alejandrinos una carta de Constantino II. Viendo á este príncipe dirigirse personalmente á sus súbditos y á la más turbulenta de las ciudades de su hermano, no se pudo menos de creer en alguna intención pérfida envuelta en aquel mensaje de fe ortodoxa. La vuelta de Alejandría del inflexible obispo enardecerá, en efecto, las pasiones religiosas, que muy en breve turbarán las provincias orientales; pero estas turbaciones asegurarán al emperador de las Galias aliados en los Estados de Constancio, como se le habían dado á Constantino en las provincias de Licinio.

Los autores eclesiásticos, que tenían interés en manifestar su gratitud á la familia Constantina, han explicado por razones de fe muchos actos del padre y de los hijos. Nosotros creemos estar más cerca de la verdad sustituyendo el móvil religioso con el móvil político, tal como se concebía en aquel tiempo. Para los hábiles de aquellas cortes rivales era elemental que dominando en Oriente el arrianismo y la ortodoxia en Occidente, el soberano de las provincias occidentales debía hacerse en todas partes, y más en su país, el protector de los adversarios del arrianismo. Estamos autorizados á tomar en este sentido los acontecimientos, primero, por la verosimilitud y por la elección poco ortodoxa de los grandes funcionarios, paganos declarados ó sospechosos, como Anatolio y Magnencio, que fueron nombrados por Constante, el fogoso defensor de Atanasio, el uno prefecto de Iliria y el otro comandante de sus guardias; luego, por la vida poco ejemplar de estos príncipes,

(4) Filostorgo, II, 17.

que con tanta facilidad cometían la injusticia ó el crimen.

Este Constantino II, por ejemplo, que redacta para San Atanasio tan piadosa misiva, busca una mala querrela á su hermano menor á propósito de los límites de sus posesiones africanas, y aprovechando la ausencia de Constante, que estaba en el fondo de la Dacia de Aureliano, penetra en la alta Italia: allí había comenzado la fortuna del gran Constantino, y de allí quería su hijo hacer partir la suya. De un golpe de mano sometió el valle del Po, y llegó con su ejército en desorden cerca de Aquilea, donde le esperaba un hábil capitán. Más soldado que general, atacó impetuosamente al enemigo, el cual, retrocediendo, lo atrajo astutamente á una emboscada. En ella pereció el temerario príncipe, y su cuerpo, arrojado al Arsia, fué á parar á las lagunas del Adriático. Esto, después de las matanzas del 337, fué otra simplificación para el gobierno del imperio.

Constancio dejó que el vencedor se adjudicara las provincias del muerto, sin reclamar para sí participación ninguna (marzo ó principios de abril de 340).

Este desinterés desusado no era largueza, sino necesidad, pues lo imponía el embarazo que causaban á Constancio los armenios y los persas. El cristianismo no había conquistado toda la Armenia: muchos nobles, indignados de esta invasión extranjera, quisieron salvar el culto de sus padres, á la muerte del viejo Tirídates, y expulsaron á su joven rey Cosroes y á los sacerdotes cristianos. La revolución religiosa fué naturalmente también una revolución política: los armenios rechazaron la alianza del imperio y abrieron sus plazas fuertes á los persas. Esta defección que arrastró la de los albaneses, hubo de aumentar el peligro en la frontera oriental, que en vida de Constantino había amenazado ya Sapor.

Constancio no pensaba en conquistas, pero dejar invadir el imperio hubiera sido peligroso: era, pues, necesario defenderlo, y esta defensa era para él harto difícil, por que no podía, como sus predecesores, llamar en su ayuda á las valerosas legiones de la Iliria. Reducido á sus propias fuerzas del Oriente, cohortes turbulentas y auxiliares indisciplinados, este jefe, «que no tenía corazón de príncipe, ni cabeza de capitán (1),» no era capaz de dar golpes decisivos, con un ejército de godos y de «bandoleiros árabes.»

Por otra parte, Sapor había logrado enardecer el entusiasmo bélico de su pueblo, pero no darle una organización militar que pudiera asegurarle la conquista del Asia romana. Sus contingentes, reclutados para cada campaña por los jefes de distrito, no tenían la experiencia que poseen los ejércitos permanentes, ni el herramientaje necesario para los trabajos de la guerra (2). «Consideran como arma inútil la infantería,» dice Juliano, y su caballería, excelente para las incursiones rápidas, sus *catafractarios*, cuyo choque era terrible, no valían nada para los cercos de plazas fuertes (3); y gracias á las precauciones de Diocleciano no

(1) Juliano dice (I, 18) que las provincias de Constancio estaban desprovistas de recursos militares y que sus hermanos se negaron á socorrerle.

(2) Amiano Marcelino habla como Juliano de su infantería; no son sino sirvientes de ejército, siervos de leña y agua, *calones*; pero tiene en mucho su caballería, que en disciplina y táctica había aprovechado, dice, las lecciones que en varias campañas les habían dado los romanos (XXIII, 6, *ad finem*). En Singara se cubrieron con un foso; en Nisibe supieron abrir brecha en las murallas (Jul., *Pan.*, I, 25), y en el año 359 se les verá utilizar delante de Amida las máquinas de que se habían apoderado en muchas ciudades de la Mesopotamia.

(3) Juliano, *Pan.*, I, 32. Según la descripción que hace Juliano de la armadura de los catafractarios, se les tomaría por caballeros de la

había en aquella frontera más que sitios felizmente terminados, que pudieran asegurar á los persas conquistas duraderas.

En estas condiciones, era difícil que los dos imperios chocaran cuerpo á cuerpo. Todas las primaveras pasaba Sapor el Tigris y Constancio el Eufrates, y por espacio de más de doce años (338-350) se dieron ligeros pero numerosos combates, mereciendo sólo el de Singara el nombre de batalla, que hubieron de dar á muchos. Las dos orillas del Tigris eran alternativamente devastadas, tomadas á saco las ciudades y asaltadas las fortalezas, pero no rendidas. Nisibe, la clave de la Mesopotamia romana, se resistió tres veces á sitios que Constancio dejó durar dos ó tres meses sin acudir en socorro de los sitiados; guerra estéril que causaba lastimosas destrucción de bienes y hombres por una y otra parte.

Después de un descalabro de los persas bajo los muros de Nisibe (350), los dos adversarios, fatigados de esta inútil lucha, convinieron «sin tratado ni juramento,» en una tregua tácita, que Sapor necesitaba para rechazar una invasión de los nómadas del Norte, y Constancio para llevar sus fuerzas hacia el imperio occidental, donde acababan de sobrevenir graves acontecimientos.

En esta guerra, habían ganado los persas más que los romanos: habían batido muchas veces á sus soldados, devastado sus provincias, insultado sus fortalezas, y obligado á Cosroes, restablecido por Constancio en el trono de Armenia, á entrar en alianza con ellos y hasta á pagarles tributo.

El emperador no podía vanagloriarse más que de la rápida retirada de Sapor, después de la batalla de Singara, y de la captura del hijo único de este príncipe. Pero este recuerdo era también el de un odioso asesinato: Diocleciano había tratado honrosamente á los hijos de Narsés, que hubieron de caer en sus manos, y que devueltos luego á su padre habían venido á ser para los dos imperios la prenda de una paz de cuarenta años. Constancio, al contrario, hizo apalea y matar como á un condenado vulgar al heredero de la corona de Tesifonte; crueldad impolítica que debió deslizar en el corazón de Sapor enojos y rencores implacables, y que no fué sin duda extraña á la sangrienta persecución que desencadenó ó hizo más viva contra sus súbditos cristianos.

En el Occidente se preparaban nuevas tragedias. Desde la muerte de su hermano, poseía Constancio las dos terceras partes del mundo romano. ¿Qué hizo de tanto poder? Se habla de triunfos sobre los francos; pero no hubo de sacar mucho honor de tan dudosas victorias, más bien compradas que ganadas, y esto era bien poco para trece años de reinado (4). Atanasio hace de él un santo; Zósimo un tirano; Aurelio Víctor y Zonaras un libertino de infames pasiones. Los unos acusaban á sus ministros, que valía tanto como acusarlo á él mismo, porque él los elegía ó los conservaba; los otros le juzgaban violento, ávido, altanero con los soldados. Este cuenta que nombró general á un retórico, lo que no era ciertamente para satisfacer á

Edad media. «Una cota de mallas, dice, les cubría los brazos, los hombros, las espaldas y el pecho; protegía el rostro y toda la cabeza una especie de máscara de hierro, que les daba el aspecto de estatuas brillantes; las piernas hasta las puntas de los pies tienen su armadura, que se liga con la coraza por medio de una especie de tela metálica que no deja descubierta ninguna parte del cuerpo y guarnece hasta las manos sin privar á los dedos de su flexibilidad.»

(4) Idacio y San Jerónimo ponen en 342 el tratado con los francos, que ocuparon entonces la Toxandria (Brabante), entre el Mosa y el Escalda.

los jefes del ejército; aquél, que sus favoritos eran jóvenes y hermosos esclavos comprados entre los germanos, *pueros venustiores*. Parece que fué también un gran cazador, mérito que la historia no estima en un príncipe.

En el fondo, no lo conocemos. Para aceptar ó combatir acusaciones y elogios igualmente interesados, sería preciso saber cómo reinó, y esto es precisamente lo que ignoramos. Sin embargo, considerando la facilidad con que lo precipitó Magnencio, sin que nadie sacara la espada por su causa, hay que admitir que no tenía el gobernalle con mano viril. Todo debió de relajarse bajo un gobierno indolente; las ambiciones al principio contenidas por el glorioso nombre que el príncipe llevaba, se despertaron al rededor de un amo inepto, y tras esto vendrían las conspiraciones.

Magnencio, de origen lético, se había elevado por su fuerza y audacia al mando de los *jovianos* y *herulianos*, guardia pretoriana de Constante (1). Tenía partidarios en el ejército; el conde de las larguezas, Marcelino, le abrió el tesoro y le facilitó medios para aumentarlos; por otra parte, el orden civil y el militar estaban de acuerdo para hacer una revolución.

Un día en que Constante estaba de caza en un bosque inmediato á Autún, dió Marcelino una fiesta á los principales personajes de la corte. El vino acaloró las cabezas, soltáronse las lenguas y circularon las invectivas. Cuando Magnencio vió á sus convidados en un grado de insolencia que entrega á la muerte, si no se pasa de las palabras á los hechos, sale un instante y vuelve con la púrpura y la diadema. Allí mismo lo proclaman Augusto y le juran fidelidad; los guardias aclaman á su vez á aquel soldado, que para muchos de ellos es un compatriota, y en un punto es Magnencio dueño del palacio, del tesoro y del imperio.

Advertido Constante, huyó á rienda suelta: hubo de perderse algún tiempo en encontrar sus huellas, y con esto, la caballería franca, enviada en su persecución, no lo alcanzó hasta Helena, al pie de los Pirineos. Francos son los actores de este drama lúgubre: uno de ellos procura defender al emperador caído; otro lo mata; el tercero ocupa su lugar; el cuarto, Silvano, hará lo que éste. He aquí pues todavía un emperador degollado, todavía una revolución de palacio y de cuartel (350).

Las serviles poblaciones de las dos prefecturas de las Galias y de Italia aceptaron dócilmente al nuevo amo. Un viejo general que mandaba en la Iliria, Vetranión, tuvo la tentación, sugerida por el ejemplo de esta facilidad, de usurpar también la soberanía, ó más bien sus soldados quisieron obtener los beneficios de una elección que les valdría larguezas, porque á la primera nueva de la usurpación de Magnencio, hizo llegar al emperador de Oriente el testimonio de su fidelidad.

Era un hombre sencillo, originario de un cantón salvaje de la Mesia; una prueba más de que el corazón del imperio, ya enfriado, no daba ya los príncipes y generales, que

(1) Según Aurelio Víctor y Zósimo, su familia fué transportada de Germania á Galia á fines del siglo tercero, por lo cual le llamaba Juliano (*Pan.*, I, 29) «miserable resto de una sangre germánica reducido á servidumbre.» Probablemente no era pagano ni cristiano, y no podría decirse que la cuestión religiosa entrara por nada en su elevación. Sus monedas son cristianas. Se han encontrado en París, en un lugar correspondiente al n.º 68 de la calle de Rivoli, una sepultura con la fórmula pagana *dis manibus*, y una moneda de Magnencio del año 351, con el monograma. El difunto era, pues, pagano, pero los suyos no habían tenido ningún escrúpulo en ponerle en la mano derecha una moneda cristiana para pagar su paso al otro mundo. Este sepulcro marca también la extensión de Lutecia (París) en la orilla derecha de su río (*Bull. épigr. de la Gaule*, 1883, p. 130).

suministraban casi exclusivamente, de un siglo atrás, las provincias del Norte, vecinas de los bárbaros.

Habiendo surgido de muy bajo, permaneció Vetranión mucho tiempo sin saber siquiera escribir, y en hábiles manos podía llegar á ser un instrumento útil. La viuda del rey Hanibaliano, Constantina, decidió servirse de él para designios que no conocemos. Esta ambiciosa hija del gran Constantino, que honrada por su padre con el título de Augusta, creía que este título le daba el derecho de hacer un emperador, puso con sus propias manos la diadema real en la cabeza del viejo soldado (marzo 350).

Los dos usurpadores tenían interés en ligar su causa, y enviaron á Constancio una común embajada que le ofrecía la alianza ó la guerra.

Constancio estaba deshonrado y perdido, si estrechaba esta mano que se le tendía, tinta aún con la sangre de su hermano: el espíritu de insurrección habría cundido muy luego entre sus generales y soldados. Pero la guerra ofrecía terribles peripecias. Sus legiones que no habían podido vencer á los persas ¿podrían hacer frente ó resistirse á todas las fuerzas del Occidente?

Constancio se decidió, sin embargo, á la guerra, sin que haya que hacer intervenir la visión, cuyo relato se propaló entre los soldados: la sombra del gran Constantino se le había aparecido abrazando el ensangrentado cuerpo de su hijo y reclamando venganza.

Artificiosas negociaciones que precedieron á las hostilidades rompieron la unión de los dos usurpadores. El tesoro de Constantinopla estaba más lleno que el de Iliria; los soldados y los tenientes de Vetranión fueron secretamente trabajados y seducidos con donativos ó promesas. La orgullosa Constantina, que no encontraba en su protegido el hombre que necesitaba, recobró la confianza de su hermano, sirviendo sin duda de intermediaria para sus secretos manejos. Con pretexto de sostener á Vetranión contra el usurpador de las Galias, envió Constancio tropas á Macedonia y propuso una entrevista que el viejo general aceptó, celebrándose en Naiso, en medio de ambos ejércitos formados al rededor de un tribunal, al que subieron los dos emperadores (24 diciembre 350).

La vista del hijo de Constantino, el recuerdo de las victorias de su padre, que él invocó en un hábil discurso, dirigido en apariencia sólo contra Magnencio y en realidad contra el que había desviado la fidelidad de las legiones ilirias, arrastraron á unos hombres ganados de antemano. Al oír los mueras contra los usurpadores, gritos que salían de todas partes, Vetranión comprendió que su causa estaba perdida, y despojándose de su púrpura se prosternó á los pies del vencedor.

Constancio juzgó entonces que contra aquel viejo inepto no había necesidad de recurrir á la precaución suprema de la muerte, y lo relegó á un suntuoso retiro en Prusa de Bitinia, donde todavía vivió seis años el emperador destruido.

Magnencio era menos fácil de vencer. Poseía todos los vicios y virtudes que convienen á un usurpador: valor, cierto talento y pocos escrúpulos que le impidieran desbarazarse de los sospechosos cortando por lo sano, llenar su tesoro con tributos forzosos, reclutar sus tropas entre los bárbaros, ni engrosar su partido por medio de concesiones á los paganos (2). En cambio hacía otras á los ortodoxos orientales, siguiendo la política habitual de los

(2) Autorizó los sacrificios nocturnos, lo que debió de agrandar á los paganos, numerosos aún en Occidente (*Cod. Theod.*, XVI, 10, 5). Juliano (*Pan.*, I, 29) pretende que exigió de los ciudadanos la mitad

emperadores de Occidente: los embajadores enviados por él á Constancio, debieron pasar primero por Alejandría con la mira de granjearse la voluntad de Atanasio. Una tentativa de Nepociano, que sorprendió á Roma en junio de 351 y reinó veintiocho días, fué fácilmente reprimida: su madre Eutropia, hermana de Constantino, y muchos de sus partidarios perecieron con él; otros lograron evadirse y fueron á acogerse cerca de Constancio, cuyo campamento vino á ser el asilo de los senadores de Roma.

Para la defensa de las provincias, que iba á dejar, nombró Magnencio Césares á sus dos hermanos Decencio y Desiderio, encargándoles sin duda de guardar, el uno la Galia y el otro la Italia; después fué á buscar á su adversario á las llanuras de Panonia, entre el Save, el Drave y el Danubio.

Constancio había avanzado, con su ejército, reforzado con las legiones ilirias de Vetranión, por el camino de Sirmio hasta Mursa (Essek) y Siscia (Sisseck), tres plazas fuertes que sus guarniciones ocupaban: detúvose en Cibala, lugar que le pareció de buen augurio, porque había sido teatro de la primera victoria de su padre contra Licinio, y tomó posición en un campamento fuertemente atrinchado, haciendo batir las llanuras circundantes por su numerosa caballería.

Magnencio empleó parte del estío en maniobrar al rededor del ejército imperial, para obligarlo á abandonar su fuerte posición: desbarató uno de sus destacamentos; tomó la plaza de Siscia, en la confluencia del Culpa y del Save, y si no es un error de Zósimo, intentó forzar también á Sirmio, cuya toma y posesión le hubieran convenido en gran manera para abrirse las provincias orientales.

Constancio tenía dos maneras de hacer la guerra. Un embajador fué de su parte á ofrecer la paz á Magnencio, á condición de que renunciara á la prefectura de Italia. La proposición fué desechada con altivez; pero á la vez que negociando con el príncipe, el enviado había preparado defecciones en sus tropas; á lo menos, algunos días antes de la batalla de Mursa el franco Silvano, general de fama, se pasó á los imperiales con un grueso cuerpo de caballería.

En esto se acercaba el invierno, y viéndose obligado Magnencio á retroceder sobre Italia, procuró antes forzar la plaza de Mursa. La guarnición se defendió bien y dió tiempo á Constancio para acudir en su ayuda con un ejército mayor que el de Magnencio.

El choque fué rudísimo: como en las antiguas batallas, la mitad de los combatientes, cincuenta mil hombres, perecieron en él: eran los mejores soldados del imperio, el cual quedó para mucho tiempo debilitado con esta atroz sangría. La caballería imperial, sobre todo los catafractarios y los arqueros, se llevó el honor de la jornada. Los auxiliares francos y sajones de Magnencio hubieron de contener algún tiempo á los vencedores con una resistencia desesperada (28 set. 351). Según un autor eclesiástico, Constancio había permanecido orando en una iglesia, mientras treinta mil hombres morían por él; según otros, una cruz aparecida en el cielo había anunciado á los pueblos de Oriente su victoria.

Mientras Magnencio, refugiado en Aquilea, fortificaba los pasos de las montañas, Constancio daba un edicto en que prometía seguridad á aquellos de sus partidarios que no fueran reconocidos culpables de ninguno de los cinco

de sus rentas su pena de la vida. Pero esta aserción se encuentra en el panegírico de Constancio, lo que permite suponer exageración, á lo menos en la cifra de la indicción.

crímenes que la ley castigaba de muerte. La aparición de una flota imperial en las costas de Italia acabó de determinar numerosas defecciones. Roma, que había sido inundada de sangre, después de la intentona de Nepociano, derribó las imágenes del usurpador; África y España levantaron las de Constancio en cuanto aparecieron sus navíos en las aguas de sus mares, y el oro enviado á los bárbaros del Rin impidió que Magnencio pudiera reclutar soldados entre ellos.

La sorpresa de una de las fortalezas que guardaban los desfiladeros de los Alpes Julianos, abrió á los imperiales las puertas de Italia, al mismo tiempo que sus navíos penetraban en el Po y obligaban á Magnencio á abandonar la plaza de Aquilea. A pesar de una ligera ventaja obtenida cerca de Pavía, fué rechazado á los Alpes Cotianos, donde todavía procuró hacerse fuerte; pero aquel ejército que retrocedía de derrota en derrota, desde el fondo de la Panonia, reducido en número y en valor, no pudo resistir el último choque.

Magnencio huyó hasta Lyon, y supo allí que la gran ciudad de Tréveris se había sublevado contra su hermano Decencio: era una consigna dada á todas las ciudades gálicas. Viéndose, pues, en inminente peligro de ser entregado al vencedor, el asendereado emperador se dió la muerte arrojándose sobre su espada.

Estas operaciones habían llenado todo el año de 352 y la primera mitad del 353.

Dícese que Magnencio, antes de atentar contra su vida, había degollado á su madre, especie de profetisa germana, y á su hermano Desiderio. El otro hermano, vencido por el alamano Chnodomar, que más adelante encontraremos enfrente de Juliano, se suicidó también (agosto de 353). Esta familia bárbara que tan audazmente se había engrandecido, usurpando la púrpura imperial, vino á desaparecer así completamente.

La amnistía, en los vagos términos que de intento empleara Constancio, no salvó á nadie: hubo suplicios hasta en la Bretaña, adonde el vencedor envió á Paulo, *Cadena* de mote, uno de sus más sagaces espías, y siete años más tarde encontrará Juliano en Galia partidarios de Magnencio, que vivían allí proscritos.

Amiano Marcelino, el único historiador veraz de aquel tiempo, porque sólo él veía las cosas sin pasión, trazó en el primer libro que nos queda de su historia el cuadro de aquellas implacables venganzas. «Bastaba, dice, una palabra, un rumor incierto, para hacer de un inocente un culpable (1);» y mientras la sangre corría á mares, celebraba Constancio en Arles con fastuosas fiestas su trigésimo año de imperio (2).

## II.—CONSTANCIO, ÚNICO EMPERADOR. GALO Y JULIANO.—SILVANO.

El imperio estaba pues otra vez reunido bajo una misma mano; pero ¡qué príncipe aquel monarca suspicaz, rodeado de eunucos á quienes obedecía, y de cortesanos que explotaban su miedo, excitando sus sospechas para aprovecharse de la condenación de sus víctimas! «No hay ejemplo, dice Amiano Marcelino, de que haya borrado un nombre de la lista de los condenados á muerte, la cual lista, según el

(1) Los 18 libros que nos quedan de su historia comprenden los años de 353 á 379 y serán nuestra guía principal.

(2) Nombrado César el 6 de los idus de noviembre de 323, fué investido este mismo día, no del imperio, que no obtuvo hasta 337, sino de los poderes comprendidos en la palabra *imperium* y que poseían los Césares.